

Robespierre. Conocían la biblia anecdótica del gran período. Es así como vino, entre cien más, un criollo imberbe, caraqueño de fuste, que se llamaba Simón Bolívar. Francia era ya la antorcha de la cultura y el motor generador de las ideas que debían liberar millares de millones de hombres, y hacerlos pasar, del "estado inferior" en que se encontraban, al "estado superior" en que se encuentran actualmente. De ahí vino la "cosecha copiosa", como en la parábola de la Escritura.

Ya lanzadas, gozando plenamente del ejercicio de su libre criterio, las repúblicas americanas siguieron culturizándose en la fuente común, los criollos siguieron viniendo a París todos los años y con más frecuencia. Los mejores "affiches" turísticos, los propagandistas del turismo francés más eficaces fueron Víctor Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Balzac, Zola, Verlaine... El fenómeno literario se volvía fenómeno humano, y nuestro Continente entero pensaba y sentía a través del "paralelo" de París: desde México hasta la Argentina hubo romanticismo franco-español; y más tarde hubo simbolismo a la francesa, parnasianismo a la francesa, modernismo a la francesa, y actualmente las escuelas estéticas y literarias (del cubismo al surrealismo) han desparrramado por todo el espinazo del Ande una gran inquietud que los refleja.

Sólo que, neutralizando esa corriente de cultura francesa, irrumpió un día sobre nuestras repúblicas la desorbitada máquina yanqui. Nació entonces lo que hemos convenido en llamar "el dollarismo". La lección yanqui era la deificación de lo práctico. Comercio intensivo, sport intensivo, especulación financiera intensiva, tractorismo intensivo, cementoarmadismo intensivo, peliculismo intensivo, confortismo intensivo, fordismo intensivo, etc.

Nuestros jóvenes comenzaron a bailar jazz, a mascar goma, a jugar tennis, a beber cock-tails, a comprar acciones en la Bolsa, a motorizar sus existencias. El fenómeno tuvo repercusiones desde México hasta la Patagonia, sin que escapara un solo picacho ni un solo desierto. Allí hasta donde antiguamente no ascendían; a lomo de llama o de vicuña, sino el libro de versos de París, el compendio filosófico de la Sorbona, el opúsculo de crítica estética del boulevard, el libro de humanidades y el libro de divulgación científica, comenzaron a ascender los discos de fonógrafo foxtrotantes, el calzado con suela de goma de tennis, la revista financiera de Wall Street, los catálogos de Ford...

Y la cultura francesa decreció, la influencia de esta civilización se puso a marchar al ralenti, mientras que la otra nos daba la sensación de estar despeñada en un tobogán hecho de "facilidad" y de "comodidad". Ya no había medio de hacerles cultivar el "yo" individualmente, para que el conjunto de "yo" cultivados hiciera de la gran patria americana una gran zona de refugio del espíritu. Y ha llegado el momento en que se ha hecho difícil darles una responsabilidad mo-

ral consistente, una conciencia de lo profundo. En vez de ser mineros de sí mismos, caían en la comodidad y en lo mecánico, aprendiendo febrilmente lo indispensable—a ritmo de jazz—para no ser analfabetos. ¡Qué lejos, pero qué lejísimos están los tiempos en que don Juan Montalvo, que debía morir en París, decía que era aquí, pero solamente aquí, en donde el americano aprendía a hacer de su alma una esplendorosa turris ebúrnea!

La yanquización de la América Latina tiene que ser combatida en alguna forma.

La iniciativa de la Universidad de México es una reacción que hay que celebrar con resonancias liberatrices, porque señala un alto en la batalla yanqui para asimilarnos y absorbernos. Si todas las Universidades de América hicieran lo mismo, al cabo de pocos años se habría llegado a crear un "clima" de civilización auténtica... sin por eso dejar de atender la lección fordiana, ni de dejar de aprovechar las soluciones de lo práctico para la vida moderna. No era esa práctica de lo práctico lo que nos hacía temblar, sino la pasión totalitaria con que la había abrazado la juventud criolla de América, elemento sensible por naturaleza, temperamento demasiado sensitivo e impresionable.

Rindamos las gracias, pues, a la vieja y gloriosa Universidad de México que ha sabido—la primera en América, creo yo—comprender el peligro del "dollarismo" intensivo que nos venía del Norte. E incitemos a todas las otras Universidades del Continente a seguir su ejemplo fértil. No recuerdo bien, pero creo que era Erasmo quien pedía al hombre "actos-semilla" con más frecuencia que "actos-cáscara". La Universidad mexicana, una vez más, acaba de realizar, según la interpretación más ceñida del precepto erasmiano, un magnífico y fecundo "acto-semilla"...

(De *El Nacional*.—México).

## La Paradoja del Despotismo

P o r NICOLAS MURRAY BUTLER

*Leído en la Universidad de Columbia, el 22 de septiembre de 1937.*

NO puede uno menos de preguntarse cuánto tiempo ha de requerirse para despertar a los hombres de la actual generación, de su somnolencia intelectual, de su encanto por las frases hechas y de su esclavitud por las emociones fugitivas. En esas principales y tempranas crisis que han llegado a constituir jalones en la historia de la civilización humana, siempre aparecieron hom-

bres de clara visión, con excepcional poder de comprensión e interpretación, que pudieron y llegaron a ser guías de la opinión pública y de la política, en su tiempo, y que, consecuentemente, pasaron a la historia en su elevado plano de verdadera grandeza. ¿Dónde encontrar tales hombres en el mundo actual y cuáles son las señales o signos de su presente influencia? Aquí y allá, ciertamente, hay alguna voz que clama en el desierto —y por fortuna es una de ellas la del actual Secretario de Estado en el Gobierno de los Estados Unidos, voz que de aquí a cien o doscientos años será reconocida como profética—, pero por el momento, las voces de esos escasos profetas resuenan en oídos demasiado sordos para escuchar y en inteligencias demasiado perezosas para ponerse en acción. La franca consecuencia de esto es que, en un mundo que se enfrenta con la más grave crisis ocurrida en más de mil años, los hombres insisten en repetir viejas fórmulas vacías y se niegan o a abrir los ojos para cuanto ocurre en su rededor, o bien a dar cualquiera señal de que comprenden cuanto ello tiene de terrible.

Lo primero y más impresionante de todo ello es el completo olvido de los paradigmas de moral y de conducta por parte de los gobiernos, y también de un vasto conjunto de hombres con influencia en la vida política y comercial. Las más solemnes promesas y los contratos más formales son considerados hoy como absolutamente inexistentes, si se encuentra que son un estorbo en el camino de cualquiera nueva política de engrandecimiento o ambición de poderío. Tales gobiernos proclaman al mundo su poderío y lo interpretan en el sentido de que no respetan ni respetarán su fe empeñada, a menos que se considere lo ventajoso. Toda ambición de ganancia y ambición de poder exige ser realizada, con total indiferencia hacia las más solemnes obligaciones con respecto a los demás países y al mundo entero.

La prueba más evidente de esto, es el universal desprecio que prácticamente muestran los gobiernos por el Pacto de París, según el cual renunciaron a la guerra como instrumento de política nacional, que quince de ellos firmaron y proclamaron hace diez años, y al que 18 gobiernos más se adhirieron desde entonces. En el curso de esta década ha habido mayor preparación para la guerra, se ha hablado más de la guerra y se la ha temido más que en cualquier tiempo anterior de la historia moderna. A los pueblos que han caído bajo el dominio de una dictadura ya sea personal o de grupo, se les dice que la guerra es una forma necesaria de la ambición humana y de toda grandeza nacional, y que deben por tanto armarse y permanecer armados hasta los dientes. Se ha hecho ya un clisé para decir que todos estos armamentos son únicamente para la defensa, pero se añade a esto, inmediatamente, la explicación de que la mejor defensa es la ofensiva rápida y eficaz. Los pueblos demócratas que, sin excepción, habrían respetado

gustosamente el Pacto de París y habrían obrado de acuerdo con él, se sienten obligados a gastar enormes sumas para nuevos y terribles armamentos, a fin de protegerse contra la inminente ofensiva de los déspotas y de sus gobiernos.

Es habitual, entre numerosas gentes de los países demócratas, considerar al pueblo y al Gobierno de Rusia como el mayor enemigo. Y están en un error. Existen otras formas de despotismo, que son aún más amenazadoras que el comunismo. La forma del despotismo fascista tiene un poder de seducción de que el despotismo comunista carece. El mayor enemigo de las instituciones democráticas que aquellos pueblos han construido a través de siglos y en las que su prosperidad y su bienestar descansan, son las tres dictaduras militares del Japón, de Alemania y de Italia. Los pueblos de estos tres países están en su pleno derecho al adoptar y aceptar, cada uno, para sí, cualquiera forma de gobierno que prefieran: ya la monarquía absoluta o bien el despotismo individual o de grupo, pero no tienen ningún derecho a extender su poder y su forma de gobierno sobre otros pueblos que no lo deseen. Y es precisamente esto lo que tales pueblos intentan hacer.

Hace ya más de diez años que el Primer Ministro Tanaka presentó al Emperador del Japón el sorprendente proyecto que delineaba todo un plan para la conquista japonesa de China y de las naciones colindantes, y en él aun llegábase a sugerir la posibilidad de una guerra entre el Japón y los Estados Unidos. Tanaka atribuía el tratado de las Nueve Potencias, ratificado en Washington en 1922, y por cuyas cláusulas el Japón reunía a ocho naciones para garantizar la integridad territorial de China, a la influencia del Gobierno de los Estados Unidos, el cual, decía el Ministro, se había empeñado en este tratado por su rivalidad comercial con el Japón. Hay quienes digan que el memorial de Tanaka fue un engaño de origen chino. Si así hubiese sido, habría que felicitar al autor por haber adquirido prontamente los relieves de un profeta. Cuando, hace seis años, el Gobierno del Japón decidió establecer y reforzar la que se ha llamado doctrina Monroe del Asia Occidental, y bajo la protección de esa doctrina, iniciar en tales momentos y con los métodos que se hiciese necesario la conquista de China y de las islas adyacentes, no solamente el pacto de París fue echado por la borda, sino junto con este pacto, el formal y específico de las Nueve Potencias.

Cuando en 1935, siguiendo muy poco después a una espontánea y de lo más definida aseveración de que otra guerra sería desastrosa, tanto para la civilización europea, como para Italia misma, la cabeza del Gobierno de aquel país, que había rendido realmente un gran servicio hacia su pueblo, la emprendió en una guerra que nada había provocado contra Etiopía, fue en desafío tanto al Pacto de París como a un bien definido y formal tratado de arbitraje entre Italia y Etiopía, firmado desde 1928, que obligaba a entrambas potencias signatarias al mantenimiento de una

paz durable y a perpetua amistad entre ellas.

Las ilusiones y decepciones sostenidas por una explosión de sentimentalismo sin precedente, pero en sí irracionales, que por ese tiempo habían removido al pueblo germánico de su posición de mando tanto en la vida intelectual del mundo, como en la política, son de las que piden una rectificación.

Estas ilusiones y decepciones suponen la idea de que toda significación y poder en el mundo se basa únicamente sobre la fuerza armada y la capacidad para imponerla; que un gobierno debe esto al pueblo a que gobierna para ensanchar sus fronteras, a trueque de restringir y controlar su pensamiento. Los que amamos la vieja Alemania y le estamos profundamente reconocidos por haber sido levadura y guía de la inteligencia, sinceramente deseamos el retorno de este país a la Alemania verdaderamente grande de Lessing y Herder, de Kant y Fichte, de Goethe y Schiller, de Heine y Schleiermacher, de Bismarck y Stresemann.

En el momento actual, dos guerras tan evidentes como disimuladas, están desarrollándose, a pesar de que una y otra violan los más elementales principios de la moral pública, al mismo tiempo que numerosos y formales tratados internacionales. La que pudo ser una guerra civil en España, ha ido más allá con la participación y ayuda activa e inconcebible de tres de los gobiernos dictatoriales. Ha llegado, pues, esta guerra a ser un conflicto internacional, en todo, menos en el nombre. Y el plenamente preconcebido y también absolutamente planeado ataque a China por el Gobierno del Japón, bajo el control de sus dictadores militares, tiene todas las características que el general chino Chiang-Kai-Shek ha presentado en reciente declaración.

En comparación con las demostraciones activas y bien meditadas, de ambición y poderío de las dictaduras del Japón, Inglaterra y Alemania, la dictadura de la Rusia comunista, significa una amenaza mucho menor. Si esta dictadura hubiese permanecido sola, habría sido de categoría enteramente distinta, pero como los acontecimientos le han dado impulsos en los últimos cinco años, ha venido a ensombrecerse a influjo de las otras tres dictaduras de diferente tipo. Además, la doctrina comunista se está gastando por sí misma en Rusia. No importa el entusiasmo con que se predica, no puede ir ya más lejos. El comunismo significa un retorno a la civilización de la selva y es una guerra abierta a toda clase de excelencias y realizaciones. Por la misma razón, es un ultraje a la naturaleza humana, y podemos estar seguros de que la naturaleza humana, desechándola, ha de vengarse. En los Estados Unidos o en Inglaterra, cualquier ataque decidido del comunismo a las instituciones de la libertad, sería totalmente perdido. El verdadero peligro está en que en esos países el comunismo pueda ganar terreno socavando en sus instituciones un poco hoy aquí, mañana allá, por la presión de grupos que tienden a coartar, de la más desas-

trosa manera, las libertades, iniciativas y hazañas del individuo. Es este el único aspecto de la propaganda comunista, que en realidad debe ser temido y contra el que hay que guardarse. El comunismo en sí mismo, organizado en toda su amplitud, no podrá prevalecer en ningún país que tenga títulos para llamarse civilizado.

Mas, por otra parte, las dictaduras pueden subsistir por un tiempo considerable, no sólo por razón de su atracción emotiva y sus dramáticos métodos de acción, sino porque dentro de ciertos límites, pueden producir resultados que compensan en parte y aun parecen satisfacer a los pueblos que han caído bajo su férula. Lo trágico de la situación es que en el mundo Occidental, y por lo menos durante largos siglos, ha sido aceptado como un hecho que los seres humanos, si se les deja libres a sí mismos para obrar y cooperar en un plano elevado de inteligencia y de moral, realizarán todos sus mejores y más elevados propósitos y preservarán, al mismo tiempo que ilustrarán, los principios de esa libertad sobre la que descansa su civilización. Y, frente a este claro pensar, he aquí que nos encontramos en el siglo XX con la paradoja del despotismo. Una de sus doctrinas favoritas es que la grandeza depende del ensanchamiento geográfico; está, pues, constantemente amenazando con guerras a sus vecinos. Mas, si los déspotas levantan sus ojos lo bastante para mirar hacia atrás a la antigua Grecia, o alrededor, en las tierras escandinavas, acaso comenzaran a entender que la verdadera influencia y grandeza de un pueblo son enteramente independientes de su número o de la extensión del territorio que ocupan.

No es siempre fácil acabar con los déspotas, y poquísimos serán los que voluntariamente abandonen el poder. La historia no recuerda sino a Cincinato. Mas los dictadores tendrán trabajo, sin embargo, para encontrar sucesores en la dictadura.

El reto a los amantes de la libertad es imperativo e inminente. El intento del dictador para extender su autoridad sobre otras tierras y otros pueblos, debe ser desafiado por todos los pueblos libres que han sido enseñados a ver, a entender, a pensar y obrar libremente. No se podrá acabar de otro modo con la paradoja del despotismo. En este combate entre las ideas y las políticas que de las mismas se derivan, toda nación y todo ser humano se halla interesado. Todo alejamiento de neutralidad sería un crimen.

